

confidencias, la confesión de su amor á Genoveva y los juramentos cambiados...

— Nos amamos ¡ ay! y jamás seremos el uno del otro, decía Raimundo, siempre teatral y declamatorio, hasta para expresar los sentimientos más verdaderos.

— Pero ¿ por qué?

La voz de Antonín temblaba y aquel temblor provenía tanto de la dicha como de la pena, pues en el fondo, muy en el fondo de su espíritu, allá, donde está lo oscuro, allá, á donde nadie se atreve á descender, resplandecía la imagen de la *titta*, y aun encontrando á su hermano más digno de esa gran felicidad, acaso había pensado en ella algunas veces para sí mismo...

— ¿ Por qué no te has de casar en cuanto puedas?

— No podré nunca; bien lo sabes. Soy el sostén de la familia... El sacrificio es duro, pero hace tanto tiempo que me estoy preparando á él...

Hablaba con toda la sinceridad de su alma y con tal convencimiento, que las lágrimas inundaban sus mejillas al pensar en lo que le costaban los suyos. Pero Antonín no lo comprendía del mismo modo. ¿ Para qué servía todo el trabajo que él se tomaba, para qué iba á desterrarse á las nieblas de Londres, sino para aligerar la carga de su hermano mayor? En la oscuridad le cogía la mano, se la estrechaba y la retenía entre las suyas.

— Seremos dos á sacrificarnos, Raimundo; oye lo que pienso hacer.

La noche extendía su silencio al rededor de ellos; á lo lejos un buho mayaba en el tronco hueco de un sauce. Y balbuceando con frase incorrecta, en la que faltaban las palabras, el hermano menor contó sus proyectos. Ante todo pagar las deudas de su padre, los cinco mil

francos que se debían aún al amigo de Izoard. Desde que entró en casa de Cornat había ahorrado la mitad de esa suma, sabe Dios á costa de qué privaciones, el muchacho no se jactaba de ello. Pero al cabo de un año de permanencia entre los ingleses esperaba poder pagar la mitad de la deuda. Entonces haría venir á su madre y á Dina... Ya estaba soñando con instalarlas en un establecimiento muy cuidado en el que podría explotar una patente de invención cualquiera, algún juguete eléctrico, por ejemplo. Las ideas no le faltaban, gracias á Dios.

El mayor se desprendió bruscamente de su brazo y se detuvo en medio del camino.

— ¿ Y yo? ¿ Qué papel haré en todo eso? preguntó con amargura.

Acababa de ser mercedido por primera vez por un dolor casi imperceptible que debía atacarle más adelante en el mismo sitio, pero cada vez más agudo.

Antonín repetía sin comprender.

— Pero, qué, ¿ qué te sucede?

— ¡ Oh! no... Cuando acabe mis estudios, cuando salga del liceo, soy yo quien se encargará de la casa, de Dina, de mamá...

— Pero no podrás... Tendrás que estudiar derecho ó medicina ó entrar en la escuela normal... ¿ Para qué te servirían tus estudios sino?

— ¡ Niño!...

El hermano mayor en traje de colegial cogió á Tonín por los hombros y le estrechó paternalmente.

— ¡ Niño! ¡ Como si pudiéramos pensar en medicina ni en derecho! ¡ Como si yo no hubiera sacrificado todo eso con las demás cosas!...

— ¡ Nada de eso! exclamó Tonín en un impulso apa-

sionado. Yo me encargo de la casa mientras tú no tengas en la mano el... el...

— ¡ Basta! Me estás ofendiendo, dijo el hermano mayor con altanería. Tonín tartamudeó :

— ¡ Oh! dispénsame... No he querido...

Y añadió más bajo, casi llorando :

— Pero, en fin, ¿ cómo te vas á arreglar ?

Llegaban á la estación y con un ademán que envolvió la plaza, su cuadrado de árboles oscuros y las luces de la vía, el hermano mayor respondió :

— Eso es cuenta mía.

Antonín se convenció, al verle tan seguro, de que Marcos Javel le había prometido darle una buena plaza en cuanto saliese del liceo. Todos creían como el primer día en la protección del personaje y más que nadie el pequeño, más cándido que los demás.

— ¡ Bueno! pensó; voy á hacerle hablar en el tren, pero no bien se habían sentado, alguien se precipitó y tomó enfrente de ellos el último puesto vacío en el mal alumbrado compartimiento. Todo el tren gritaba, rebotando gente; y los viajeros, racimos humanos, iban colgados de las portezuelas y de los estribos de los coches. Un tren de los alrededores de París en la noche de un domingo. Al salir de la estación, un gran resplandor blanco iluminó el vagón.

— Buenas noches, muchachos, escupió una voz conocida, á la que el mayor de los Eudeline respondió :

— Buenas noches, señor Mauglas.

Delante de su hermano, Raimundo trataba de hablar altaneramente al escritor, pero en el fondo le temía, sabiendo que era burlón y mal bicho, y se ruborizaba ante él de sus diez y ocho años y de su uniforme de

colegial, sobre todo cuando estaba presente Genoveva. Aquel día, por excepción, Mauglas estaba distraído y no tenía el humor temible; asomado á la portezuela miraba ávidamente hacia afuera y trataba de atravesar la oscuridad y la niebla con sus ojillos abotargados. De repente dijo sin volverse :

— ¿ Os acordáis de la guerra, muchachos?... ¿ Dónde estabais durante el sitio? ¿ Habíais nacido siquiera ?

— Ya lo creo que había nacido, respondió Raimundo irguiéndose. Recuerdo los más pequeños detalles de nuestra existencia en aquella ocasión : la fábrica cerrada y convertida en ambulancia; el batallón del barrio del que mi padre era capitán y el Sr. Alexis, el empleado de casa, sargento, y que subía por el *faubourg* tocando á carga y cantando canciones patrióticas; Genoveva que nos tiraba la pelota de goma para enseñarnos á Tonín y á mí á echarnos por tierra boca abajo al grito de: « ¡ la bomba! »... Y la desesperación de mamá con la cocinera, los guisados de caballo, el arroz con chocolate, el sucio pan del sitio y cierto picadillo de búfalo y de elefante, todo el jardín de aclimatación, que te puso tan malo, ¿ te acuerdas, Tonín ?

El chico se recostó sin responder y Mauglas gruñó en su pipa :

— No parece muy vehemente, el pequeño, para los recuerdos de la guerra.

Con los dientes apretados y un crujido nervioso de la mandíbula que indicaba el esfuerzo de su palabra, el pequeño respondió violentamente:

— La guerra es estúpida y fea;... el... el... en fin, ¿ verdad?... No me gusta la guerra.

El periodista alzó los hombros.

— ¡ Pobre comino, no sabes lo que es bueno!

Y la vista alerta, á media voz y como hablando solo nombró, á medida que sus siluetas se perfilaban como fantasmas en la noche, todos los sitios famosos en que había habido encuentros; aldeas de hortelanos, lecherías, granjas, fábricas, cobertizos de mercancías, que habían sido reductos, barricadas, cuerpos de guardia. « *L'Hay, Chevilly, el acueducto de Arcueil, las Hautes Bruyères...* ¡ Ah! Hermosas noches de embriaguez y de entusiasmo las que había pasado allí con los fogonazos del fuerte de *Montrouge* y las balas del reducto de los Bávaros, que vibraban como golpes de arco, ¡ prumm.

— ¿ De modo que no le gusta á usted la guerra, joven? Son de su tiempo de usted esas ideas, pero usted, especialmente, las ha tomado de Casta, ese carabinero ruso con faldas al que apreció mucho, por cierto, y de su amigo Tolstoï, un viejo loco que escupe sobre la guerra como sobre el amor porque no le queda ya más que saliva y encías, pero que mientras le quedó derecho uno solo de aquellos dientes separados y puntiagudos de bestia feroz que tienen los de por allá, mordió á su gusto la hermosa carne. ¿ Por qué quiere impedirselo á los demás ahora? ¿ Por qué mentir á las pasiones de otro tiempo? Pues bien, yo os declaro...

Bajó la voz observando que los demás viajeros le escuchaban; pero sus observaciones penetraban perfectamente en los jóvenes oídos obligados á estarle atentos.

— Sí, hijos míos; desde hace treinta y cinco años que ando por el mundo, las únicas horas buenas de mi vida las he pasado aquí, haciendo la guerra por estas cuevas y estos pedruscos... Durante cuatro meses de aquel invierno pomeraniano que ellos nos trajeron en

sus morrales de lienzo, con su pan sin levadura y su salchichón de guisantes, la compañía de que yo formaba parte no se cobijó ni una sola vez. Ni un día sin recibir el plomo y la metralla; ni una piedra en la que no haya habido un poco de mi sustancia ó de la de mis camaradas... ¿ Y la persecución de hombres, de noche, en el fondo de los fosos, con la escala de cuerda, el hacha y el puñal, como en los melodramas?... No, ¿ sabe usted, querido Raimundo? — se dirigía al mayor, viendo que el pequeño no le hacía caso — digan lo que quieran vuestros filósofos, para engrandecer el ser y la vida, el ser, tan mezquino, y la vida, tan vulgar, no hay nada como el peligro. Estos sitios de los alrededores parisienses me parecían tan grandes como el mundo cuando creía dejar en ellos la piel... Y no la dejé... ¡ Qué muerte! ¡ Ah! Mejor es morir á los veinte años de un balazo en la frente, que acabar suciamente en el vacío...

Algo se rompió en el fondo de su garganta. Metió la cabeza por la portezuela y no se movió hasta la llegada.

— ¿ Hay que acompañarte hasta la tienda? dijo Tonin á su hermano al bajar la escalera de la estación de *Sceaux* entre las apreturas de la salida.

Mauglas, que iba á su lado, se estremeció y dijo:

— ¿ Qué tienda?

Raimundo se echó á reir. Entre ellos, llamaban así al liceo, cuyo reglamento exigía que los internos de salida volviesen siempre acompañados por alguien hasta la puerta.

— Es inútil que Antonín se moleste, dijo Mauglas vivamente; él vive en la plaza de los Vosgos, en el otro extremo de París, y yo junto al Luxemburgo, cerca del liceo. Así, si mi compañía no disgusta á usted...

Tonín quiso protestar, pero su palabra entraba en funciones tan difícilmente, que su hermano, orgulloso de hacerse ver por los colegiales de Luis el Grande a lado de una celebridad, aceptó el ofrecimiento de Mauglas y dió un abrazo á su hermano deseándole buen viaje, antes de que éste hubiera llegado á la mitad de su frase.

Mientras el pobre muchacho se dirigía hacia su pequeño alojamiento del *Marais* en un París sombrío y desierto, hablando solo en voz alta con esa facilidad de expresión que adquieren los tartamudos y los tímidos cuando no hay nadie delante; mientras que ante las casas en construcción, las empalizadas cargadas de carteles y las siluetas de los guardias y de los borrachos dormidos en los bancos, desarrollaba todos los hermosos proyectos de su vida en Londres, todos los sueños de fortuna y de inventos que no había tenido tiempo de contar á su hermano, el mayor de los Eudeline y su acompañante bajaban el hormigueante y fulgurante *boulevard Saint-Michel* de una noche de verano, pues lo era, en efecto, la de aquel domingo de Octubre; y cuando al pasar por uno de los grandes cafés que invadían la mitad de la acera, el nombre de Mauglas era pronunciado de mesa en mesa por aquella juventud estudiosa, lo que hacía estirarse el uniforme del estudiante, el hombre conocido que él estaba orgulloso de enseñar de su brazo dejaba asomar á sus labios aquella sonrisa muda que no gustaba á Genoveva. Es tan divertida la vanidad de los jóvenes y les hace picar tan fácilmente el cebo...

— Usted, querido Raimundo, ve más claro que todos los que le rodean. La desgracia le ha madurado... y

también la reflexión y el estudio.... Por eso me he dirigido á usted, mejor que á su hermano ó al señor Izoara.

— Gracias, señor Mauglas.

— ¡Qué quiere usted! Esa buena Sofía me interesa.... La veo mal acompañada entre frenéticos; cuando no está en Morangis en casa de nuestros amigos, no trata más que locos. Temo que se va á meter en alguna aventura desagradable.... Ese hombre que oculta en su casa....

— ¿Lupniak?

— Precisamente, Lupniak. Yo pregunto si eso es razonable.... Dar su cuarto á Lupniak, un asesino declarado, señalado por todas las policías de Europa y que no ha encontrado refugio más que en Londres. ¿Es Lupniak, está usted seguro?

— ¡Vaya si estaba seguro! Aquel mismo día el señor Izoard había hablado de eso con espanto á Genoveva y á él.

Mauglas suspiró desolado y dijo que acaso la rusa ocultaría otros. ¿No ha oído usted nombrar á un tal Papoff?

— ¿El que instaló una imprenta clandestina en casa de Sofía, calle del Panteón?

— Justamente, ése....

— ¡Qué memoria tiene usted!

Dieron algunos pasos en silencio y después se detuvieron en medio de la calle.

— Unamos nuestros esfuerzos, hijo mío, dijo el escritor, y la salvaremos á pesar suyo.... Me da horror la política aunque el periódico en que estoy, que fué de Gambetta, me ha puesto en relación con lo mejor de la República.... el ministro del Interior, el prefecto de policía, el director de seguridad; tengo relaciones con todos. Nuestra amiga puede, pues, estar tranquila

en cuanto á Francia,... pero el prefecto de policía de San Petersburgo está en París con plenos poderes y Casta podría ser cogida en una batida.... Es, pues, preciso que se me advierta cada vez que ella adquiriera una nueva relación. Por de pronto desconfío de cierta biblioteca rusa muy misteriosa que ella frecuenta mucho hace algún tiempo....

— ¿La biblioteca de la calle de Pascal?

— Esa; calle de Pascal... ¡Qué delicioso indicador haría usted, dijo Mauglas despidiendo de los ojos un fulgor tan vivo que Raimundo se estremeció como si viese cerca de él el resplandor de un tiro. ¡Cuántas veces, más adelante, debía recordar aquel fulgor sombrío y morder de cólera su almohada al pensar en él en la oscuridad del dormitorio! Pero entonces pertenecía por completo á la vanidad, al orgullo de ver á los colegas que volvían al mismo tiempo descubrirse con respeto ante su acompañante.

— Sobre todo que nuestra amiga tenga entendido que en todos los escondites del barrio *Saint-Marcel*, hasta en esa biblioteca de la calle de Pascal, hasta en la lechería de las Catorce Marmitas, hay entre los revolucionarios varios afiliados á la tienda, á la policía rusa.... Confío en que usted la prevendrá, querido Raimundo.

— Cuente usted conmigo, señor Mauglas.

Aquel nombre de Mauglas, que el joven acentuó de propósito ante el vigilante que estaba en la puerta del liceo, proporcionó á Eudeline una entrada triunfal... ¡Mauglas, Marcos Javel!... Tiene relaciones el mozo... ¡Un tipo que conviene conocer y volver á encontrar en la vida!

Todo el día siguiente lo pasó Raimundo todavía en-

vuelto por las frondosidades luminosas del parque de Morangis y por el calor del primer contacto. Para prolongar aquella sensación y aligerar al mismo tiempo su angustioso recuerdo, trató de fijarla sobre el papel; pero los versos más decadentes y la prosa más sutil no expresaban nada de lo que él había sentido. Volvía á encontrar la piel del reptil, su huella seca y polvorienta que se le volatilizaba entre los dedos, mientras que la culebra reluciente y ágil se le escapaba, huía bajo la hierba olorosa y extendía voluptuosamente sus anillos al sol. Por primera vez comprendió el fondo de aquel verso de Verlaine, el poeta de cámara de los grandes hacia algunos meses:

y el resto es literatura.

¡Qué fácil es de expresar lo que no es más que literatura!

Aquel mismo lunes, en el recreo de las cuatro, recibió en la sala de visitas una que le alteró hasta hacerle olvidar la literatura y hasta el amor. La pálida luz de un crepúsculo de Octubre alumbraba mal la gran sala de recepciones del piso bajo, pintada de colores sombríos y en la que los parientes y los alumnos se agrupaban para hablar en voz baja ante los retratos de los premios de honor alineados en la pared por orden de fechas, el primero con alta corbata y barba afeitada; el último con el cabello flotante y el fino bigote de los elegantes de la época. Al bajar los dos escalones de la entrada, vió un hombre de alta estatura, de pie delante de una ventana, y creyendo reconocer al principal de su hermano, al antiguo miembro de la Constituyente, corrió hacia él, inquieto al verle sin Antonín. Pero advirtió en seguida

su error. Cornat tenía, en efecto, aquella cabellera gris enmarañada, el busto corto y las piernas largas, pero de cerca, la boca informe, la exageración de los pómulos y de los maxilares, la barba fuerte é inculta de aquel hombre, le daban una aspereza salvaje que no se parecía en nada al san Vicente de Paul del Congreso de 1848. Hablaba bajo, muy correctamente, con voz dulce y acento extranjero.

— ¿Raimundo Eudeline?... Yo, Lupniak... ¡Ojo! Nos miran... Disimule usted... Haga saber inmediatamente á Sofia Castagnozoff que no vaya á la calle del Panteón... Policía advertida... Dígale usted que estoy en seguridad desde anoche donde ella me dijo y que vaya allí á reunirse conmigo... Si no, la pescarán mañana en Morangis...

El colegial sintió palidecer su semblante y doblársele las piernas.

— ¿Qué ha pasado, entonces?

— Que alguien ha cantado.

En la dulce inflexión eslava aquella frase de baja estofa sonó brutalmente.

— No hay tiempo de averiguar quién... Lo seguro es que el general lo sabe todo, que tenemos que cambiar nuestras citas y que hay que desconfiar de todo el mundo.

Reflexionó un minuto, con la cara surcada de grandes arrugas cada vez más profundas, y dijo vivamente.

— Es milagro que haya pensado en usted. ¿Habrá medio de advertir á Sofia hoy mismo?

— Hay sesión en el Congreso. Si Pedro Izoard recibe en seguida un aviso, él le dará por la noche en Morangis.

— Muy bien... Buenas tardes.

Raimundo percibió un aliento de león, una mano enorme y velluda en la que se enterraba la suya, y en la puerta de la sala, curvarse, saltar en la sombra y desaparecer la alta estatura del revolucionario.

¡Qué angustia la suya el domingo! ¿Sería él quien había cantado? Ese pensamiento no le abandonaba. Pero entonces, era preciso que Mauglas, el único á quien había hablado... ¿Se podía suponer esto? No. Acaso en aquellos círculos políticos frecuentados por el periodista una palabra imprudente, una noticia dada sin intención de hacer daño, se había difundido hasta llegar al jefe de la policía rusa. Raimundo recordaba haber estado estúpidamente hablador. Con la lucidez implacable de un borracho desachispado ó de un febril después del acceso, se acordaba de todas sus entonaciones, se veía andando al lado del hombre conocido, empinado sobre sus espolones de joven gallo. ¿Por qué todos los de su edad pasan por esa crisis de vanidad, por esa necesidad de afirmar una personalidad que no existe, que se agita y á la que hiere todo por falta de la mitad de las plumas. Al menos, cuando ese delirio no es más que ridículo... Pero en el caso presente; cuánto daño había podido causar!...

Bajo la lluvia menuda y fría de la mañana y en el ómnibus que le llevaba á Morangis desde la estación el domingo siguiente, Raimundo se hacía estas reflexiones y otras igualmente tristes. No tenía noticias de sus amigos ni había tampoco recibido carta de Tonín, que había debido partir hacía muchos días. Y, luego, aquel cielo gris, aquellos negros vuelos de los cuervos formando como un acento circunflejo sobre el lloroso horizonte!

¡Nadie en la estación para esperarle!... ¡Qué contraste con el domingo anterior! Lo que acabó de ensombrecerle fué ver la casa de Mauglas silenciosa y con las persianas cerradas.

— Están de viaje, dijo el mayoral, que no sabía más.

Al apearse delante del pabellón, su corazón resonaba con la misma fuerza que el viejo aldabón al caer sobre la puerta. Un ventanillo que no se abría nunca rechinó; la voz hueca del marsellés dijo desde dentro: « ¿Quién es? », y Raimundo tuvo que darse á conocer para penetrar en la plaza.

En el comedor vió con turbación y grande sorpresa, á Genoveva sentada en la misma butaca en que le daba lección los domingos delante de la ventana... Pero el taburete de mimbre, á los pies de la joven, ¿quién le ocupaba? Antonín, su hermano Tonín, vestido como un obrero en domingo.

— ¿Pero no estás en Londres?

Eso fué cuanto tuvo fuerza para decirle. Así lo creyó al menos; pero hay algo más que las palabras que profieren los labios; hay lo que dicen los más pequeños pliegues de la cara, la sangre que asoma á la piel, el escalofrío de los nervios, todo el ser en emoción y, con él, todo lo que le envuelve, el tejido invisible, la red del globo. Con todo eso, pues, Raimundo había gritado involuntariamente á su hermano: « ¿Qué haces aquí? ¿Por qué ocupas mi sitio? Si supieras la sorpresa desgarradora que acabo de sufrir al veros á los dos... »

Y ambos, Tonín y Genoveva, en la misma lengua que él, con las mismas voces elocuentes y mudas, le respondieron y le tranquilizaron, la una con su bella sonrisa cuya línea pura no podía mentir; el otro con la fidelidad

canina de sus ojos, de su pobres ojos sin pestañas, que se entornaban ante la luz de la ventana y del inmenso horizonte blanco. Aquello duró menos que un relámpago. Ya calmado, Raimundo preguntó por Casta. El hermano pequeño tomó un aire de triunfo.

— ¿Casta? Está en Londres... muy tranquila.

— Pero de buena se ha librado, dijo Izoard que entraba en el comedor, después de haber colocado en la puerta de la calle una cadena de seguridad de aspecto formidable. Y, acercándose á Raimundo, le dijo al oído:

— ¿Sabes que vinieron á buscarla aquí, á mi casa?

— Pero habla sin cuidado, papá, dijo Genoveva riendo; estamos solos.

Tonín levantó la cortinilla para enseñar el jardín de Mauglas, frío y desierto.

— Ni siquiera tenemos vecinos.

Raimundo, estremecido, preguntó:

— Es cierto;... ¿qué se han hecho los Mauglas?

— ¡Misterio! Hace ocho días nadamos en un mar de dudas, dijo declamando el marsellés, al mismo tiempo que ponía sobre la mesa un famoso aguardiente de ciruelas hecho en la casa. El hermano mayor se había calado en el ómnibus; mientras entraba en calor con dos dedos de aquel néctar incomparable, el pequeño podría contar su aventura.

Al volver el domingo por la noche á su alojamiento de la plaza de los Vosgos, dejando á Raimundo con Mauglas, Tonín se sentía inquieto y fuera de tino. Aquellas historias de policía rusa de que se había hablado toda la tarde; la comisión secreta que le había dado Casta para aquel Lupniak que tenía escondido en

su cuarto de la calle del Panteón y al que el joven debía advertir que viniese lo más pronto posible á encurrirse en el chiribitil de la plaza de los Vosgos; todos aquellos detalles, unidos á sus preocupaciones, causaban en el cerebro del buen muchacho una agitación y un rumor parecido á una galopada de ratas por los vanos del tejado de rápida pendiente en el que se abrían los tragaluces de sus dos habitaciones. Su haúl estaba dispuesto para el viaje del día siguiente, pero Tonín no se resolvía á acostarse, tanto menos, cuanto que su vecina, una hermosa muchacha, bordadora de casullas, con la que hablaba algunas veces desde la ventana, tenía con ella aquella noche su soldado, un cazador de á pie muy ruidoso. Cuando hete aquí que pensando en aquel guerrero turbulento que se estaba allí hasta las dos de la madrugada, Antonín creyó que no encontraría mejor ocasión para introducir á Lupniak. La presencia del soldado lo explicaría todo.

El gas apagado... En la escalera ruidos de voces y de pasos desusados... ¡Vamos allá!...

Cuando llegó á la calle del Pantéon, un poco antes de las doce, la portera de Casta, que conocía á Antonín hacía mucho tiempo por haberle visto llegar con Geneveva Izoard, exclamó al reconocerle:

— ¡Calle! el señor Eudeline... ¡Qué tarde viene usted! La señorita Sofía no está en casa; sigue en el campo.

— Lo sé, puesto que me ha encargado que venga á buscar unos libros de medicina que necesita.

— Pero es que yo no tengo la llave... ¿Se la ha dado á usted? Pues tiene usted suerte... ¡Son tan desconfiados esos cosacos!

Á Tonín le costó trabajo conseguir que no subiera con él. Y para bajar, para que aquel inquilino desconocido pasase por delante de la portería, júzguese si haría falta astucia. Por fortuna Lupniak era hombre de unas combinaciones y de una sangre fría prodigiosas y salió de casa del estudiante con un cajón de libros á cuestras, como un mozo de cuerda improvisado encontrado por Tonín en la escalera, á punto para transportar hasta el coche aquel pesado bulto. Por la mañana los porteros de la plaza de los Vosgos dijeron á Eudeline, que volvía de un recado:

— Su principal de usted, el señor Cornat, está arriba. Le hemos visto subir.

El muchacho no respondió á pesar de su asombro, que aumentó al encontrar en su casa, en vez del gran mujik de pelo y barbas incultos que había traído por la noche, la cara imberbe y los anteojos de oso de su principal, cuya cabeza había copiado Lupniak de un retrato que había en la pared, para desfigurarse con un hábil disfraz. Gracias á él, el ruso pudo ir á saber noticias al barrio de *Saint-Marcel*, á lo que se llamaba la Pequeña Rusia. Allí supo que por la mañana — ¡qué suerte, haber desaparecido la víspera! — la policía francesa había visitado la calle del Panteón, la calle Pascal, las Catorce Marmitas, había detenido á los emigrados más conocidos y convertido en ratonera la casa de Sofía Castagnozoff, á la que esperaba echar mano también de un momento á otro. Entonces fué cuando queriendo salvar á su amiga ante todo, se acordó de Raimundo y de su liceo. Cuando Sofía se les reunió en la plaza de los Vosgos, el ruso tuvo la idea de disfrazarla de hombre y hacerla pasar por un obrero electricista

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

que iba á Londres á instalar una fábrica con su director. Antonín prestó á Sofia su ropa y sus papeles; el principal, al corriente de la aventura, dió á Lupniak su tarjeta de elector y su medalla de antiguo miembro de la Constituyente. Y el martes por la noche, mientras el chico iba á encerrarse en Morangis y Cornat, para mayor seguridad, se marchaba á Lyon á arreglar unos asuntos, Lupniaky Sofia se escapaban á Londres, á donde llegaron sin novedad, como lo hacía constar una carta recibida por la mañana con las tarjetas y papeles salvadores.

— ¡ Ah! querido Raimundo, si supieras...

Tonín recorría á grandes pasos el comedor prorrumpiendo en frases entrecortadas y con una mímica adaptada á sus palabras.

— Si supieras qué niños son, esos revolucionarios, y qué cándidos... Parecen muchachas ó monjas... y asesinan, é incendian... en fin... ¿ verdad? Es incomprendible... Desde el lunes por la noche, cuando Lupniak y yo estábamos esperando á Casta bajo los arcos de la plaza de los Vosgos y ese diablo, se divertía en volver loco al polizonte de servicio, escurriéndose de pilar en pilar con volubilidad de clown ó de sombra chinesca, hasta que nos separamos en la noche siguiente, aquello ha sido una continua risa entre los tres. Yo decía á cada momento: « ¡ Callaos! » Esas casas de la antigua plaza Real son tan tranquilas, que en ellas todo resuena... Y la bordadora de casullas, mi vecina, hubiera querido arrancar la cerradura de mi cuarto con los ojos ó hacer un agujero en la pared... Pero Lupniak es demasiado hábil para dejarse coger... Solamente su cigarrillo es peligroso; en la calle del Panteón estuvo ya á punto de hacer que le pescaran, y mi vecina que ha oído la voz

de Sofia y olido el tabaco, dice en todas partes que yo recibo mujeres de mala vida...

El chico tenía tan pocas condiciones para tales calaveradas, que todos se echaron á reír.

De pronto, Izoard volvió á su entonación de misterio y á su mirada circular y escudriñadora de antiguo carbonario, y entregando á Raimundo su copita de aguardiente, olvidada desdeñosamente en la mesa, dijo:

— Lo que no sabes, hijo mío, es que Sofia Castagnozoff afirma en su carta que la policía rusa sostiene en París dos ó tres individuos muy diestros, entre los cuales... vamos, ¿ á que no aciertas?

Raimundo tomó la copa con mano vacilante y preguntó medio ahogado:

— ¿ Quién?

El nombre fué pronunciado tan bajo, que el ruido de la lluvia en los cristales impidió que se oyera. Pero todos conocían aquel nombre.

— Tú eres como yo, querido Raimundo; la cosa te parece inverosímil... ¿ Comprendes que esos — y señaló á su hija y á Tonín — estén convencidos de que es cierto?

— Siempre me ha dado miedo, murmuró Genoveva.

Antonín quiso añadir una palabra, pero Izoard no le dió tiempo:

— Un escritor de su valía, que publicó precisamente en la Revista del 15 un estudio admirable: *La Danza de la abeja en las fiestas de Adonis*... Un artista semejante descender hasta ese oficio... ¿ Y quién dice que es cierto, fuera de la afirmación de Sofia? ¿ La partida de los padres de Mauglas?... Eso no prueba nada.

— Dispensa, replicó Genoveva tranquilamente... Sabía que Casta iba á ser presa por su denuncia y le era

violento presentarse delante de nosotros. Piensa que ella se marchó el lunes y que el martes llegó la policía...

— Puede que Sofía haya sido imprudente, aventuró Raimundo, encantado de transmitir á otro la responsabilidad de su torpeza.

— Jamás... Considera que ni tú, ni Genoveva, ni aun yo mismo, un conspirador de abolengo, dos años de *Mont-Saint-Michel* bajo Luis Felipe, hemos logrado su confianza. Solamente al pequeño se lo ha contado todo, y no ha hecho mal, porque él se ha arreglado mejor que lo hubiéramos hecho los demás.

Á estas últimas palabras siguió un profundo silencio; el tiempo de oír pasar una bandada de cuervos y de percibir en los cristales el ruido de la lluvia, instalada por todo el día en aquellas diez leguas de llanura.

— Si queréis saber mi opinión, dijo Raimundo recordando su aire altanero y paternal de jefe de familia, me parece que Casta se ha precipitado un poco al desterrarse, al condenarse ella misma. Sabemos que no conspiraba... Aun admitiendo que la hubieran preso, yo hubiera ido á ver á Marcos Javel.

¡Qué acento tan seguro! ¡Qué resolución al enderezar su alta estatura en el uniforme de colegial! Todos quedaron conmovidos y le miraron llenos de admiración, tanto hacia el ministro como hacia él. El muchacho vió el efecto y volvió á la carga.

— Sí, á Marcos Javel; pensé en él en cuanto Lupniak se presentó en Luis el Grande y supe que nuestra amiga estaba en peligro... Me dieron ganas de correr al Congreso... pero el liceo, el reglamento;... y luego mi uniforme... ¿Cómo había de hacer algo propio de un hombre?

— ¡Bravo! exclamó el taquígrafo, creyéndose en el Palacio Borbón. En el Diario de las sesiones hubiera escrito: *bravos prolongados*.

El orador triunfaba, pero no sin pena interior. Una vez disimulada é ignorada de todos su torpeza, le quedaba un violento despecho contra su hermano, aquel chiquillo á quien la rusa prefería como confidente y que, ocultándose de él, las echaba de Maquiavelo durante toda una tarde. Y lo terrible era que Sofía Castagnozoff había tenido razón al elegir entre los dos hermanos. El mayor lo había echado todo á perder y el pequeño lo había salvado todo en la primera grave complicación en que ambos se habían puesto en contacto con la vida.

Como si hubiera podido leer en aquella frente vanidosa, el pequeño, confiado y tierno, dijo á su hermano:

— Tienes razón, Raimundo. Me he dado demasiada prisa, creyendo hacer bien, y la *titta* se ve privada por mi culpa de su mejor amiga. Solamente... en fin... ¿verdad?... el... el... no tienes más que hablar por ella al señor Javel y la harás volver en seguida de Londres...

Un gesto de su hermano le interrumpió. Aquellas excusas, tan amables, tan sinceras, no bastaban á su orgullo. Á causa de Genoveva, sobre todo, quería mal á Antonín por sus aires gloriosos y por el lugar que se había hecho en la casa hacía algunos días, y necesitaba humillarle y hacerle volver á su rango delante de la joven. Le puso la mano en el hombro con aquella autoridad protectora que había sufrido él mismo bajo el peso de una mano ilustre y ministerial, y le dijo:

— ¿Quieres creerme, niño? Tú también debes vivir algún tiempo en Inglaterra. Durante esa temporada renuncia á tratarte con los Lupniak, los Papoff, y todos

esos héroes del socialismo y del internacionalismo;... hasta con nuestra querida Sofia... Toda esa gente es demasiado sabia para ti, te distraerían de tu taller y te atestarían la cabeza de utopías filosóficas que no podrías comprender. El estudio de la filosofía es más duro que tu oficio, y llegarían á hacer de ti lo que hay más ridículo y más peligroso; una especie de ser inútil y crepuscular, un negro mal blanqueado...

El pequeño escuchaba con la cabeza baja y Raimundo sentía estremecerse su espalda bajo el paño rugoso del traje de los domingos. Su corazón se apretó en seguida, porque no era malo, fuera de sus vanidades no satisfechas, y no podía permanecer duro en aquella atmósfera de ternura, en aquel albergue de buenas personas, tibio y luminoso como un invernadero.

— No hay que enfadarse, Tonín; no quiero disgustarte... Solamente, nuestro padre no existe, soy el mayor, y es preciso... Dime que no estás enfadado.

El muchacho levantó la frente.

— ¿Enfadarme?... ¿Contigo?... pero... el... el...

Balbuceó un minuto y, en el colmo del esfuerzo, cogió entre sus manos, ya rudas, la delicada y ligera de su hermano y, muy conmovido, aplicó en ella fuertemente sus labios hinchidos de palabras que no podían salir. En este momento Raimundo triunfaba, pero le quedaba algo dentro y se preguntaba, mirando al viejo y á su hija, si ellos también estaban convencidos de su superioridad.

— *Princeps juventutis*, á tu salud, le dijo levantando el vaso el bueno de Izoard, á quien la emoción hacía brotar, como siempre, los recuerdos de latinidad.

¿Y Genoveva? ¿En qué pensaba Genoveva? ¿Le ad-

miraba como su padre? ¿Ó se acordaba de los prudentes consejos de su amiga Casta mientras que apoyada en la butaca, con la cara en la vidriera, parecía interrogar al inmenso horizonte blanco, misterioso y mudo como los ojos de un ciego?...